

A veces prosa El arte de criticar

Adolfo Castañón

Celebramos el Premio Villaurrutia concedido a Adolfo Castañón con este texto —donde el autor rememora sus primeros años como escritor— leído el 20 de noviembre de 2008 en la Unidad Zacatenco del Instituto Politécnico Nacional, en el marco del homenaje al escritor Carlos Fuentes por sus ochenta años, en la mesa “El arte de criticar”.

El impulso de escribir poemas, hacer ensayos e inventar cuentos nació antes de leerlos. Antes de conocer el alfabeto, ya tenía yo algo de exagerarlo-todo. Mis primeros pinitos sobre Thomas Mann, un *Manifiesto del caminante*, San Juan de la Cruz o alguna página sobre el suicidio — los adolescentes son tristes y quieren suicidarse: soy un sobreviviente— fueron trabajos escolares que me tomé tan en serio que mis compañeros me hicieron la ley del hielo por ser excesivamente aplicado. Siempre he sido un obediente sin causa que anda en busca —la mayoría de las veces infructuosamente— de una autoridad para someterme a ella. En esto creo, como diría Carlos Fuentes.

En mi pre-historia escribí, en 1969, un trabajo sobre el pintor flamenco Jan Van Vermeer de Delft que me dictó Marcel Proust cuya *À la recherche du temps perdu* leí antes y luego releí en esos años. Por 1965, recuerdo que un maestro me llamó la atención por haberle prestado un trabajo de biología a un compañero menor que me lo pidió para salir del paso y fue a presentárselo sin darse ni darnos cuenta de que el sello castoñesco nos delataría y seríamos objeto de una reprimenda.

Escribir era como abismarse y tratar de frotarse contra los textos para apropiárselos. Esto me llevaría a la traducción, para mí uno

de los ejercicios literarios más complejos y ambiciosos y al cual a pesar de haber vertido al español algunos libros —como *After Babel* de George Steiner o *Por un Spinoza radical* de Paul Wienphael o *El lamento de María La Parda* del portugués Gil Vicente— no he dedicado el tiempo suficiente.

En 1972, a los veinte años edité, junto con Francisco Valdés, una revista estudiantil *Cave Canem*.—“Cuidado con el perro”, nombre de uno de los mosaicos desenterrados intactos de las cenizas de Pompeya. Ahí traduje y presenté el primer capítulo de la obra teatral de Pierre Klossowski *Roberte, ce soir*, el ensayo sobre éste, *La risa de los dioses*, de Maurice Blanchot —ambos autores admirados por mi maestro Juan García Ponce— y redacté mis primeras reseñas, una de ellas precisamente sobre *Tiempo mexicano* de Carlos Fuentes. Mi reseña era breve y, por mimética y superficial, dos veces mala. Pero con la revista en la mano —la juventud es audaz y está llena de infatuaciones y bombásticos aspavientos— fuimos a dejársela a Fuentes a una casa de San Ángel. No lo encontramos.

Era yo una mezcla enfermiza de timidez y audacia. Estaba orgulloso porque Luis Spota el autor de *Casi el paraíso* —la hermana mala de *La región más transparente*— me había publicado un

trabajo escolar sobre el Marqués de Santillana con quien, creo, he tenido muy buenas relaciones desde ese entonces y de cuya “Vaquera de la Finojosa” estaba yo platónicamente enamorado sin saber que años después me haría amigo de Francisco-Pancho, Hinojosa, divertido descendiente de aquella otra peor señora del mundo.

Apremiado por mi padre me le presenté en *Novedades* a don Raúl Noriega quien dirigió el suplemento “México en la Cultura” después de Fernando Benítez. Noriega, muy amable, me dijo que estaba a punto de cerrar el suplemento y me mandó con —un señor argentino que parecía rayado a partes iguales como un caramelo, entre actor, restaurantero y mánager de *football*— quien estaba iniciando un nuevo suplemento apodado más que bautizado *La onda*. Redactores: Cuauhtémoc Zúñiga y Eduardo Mejía. Ahí publiqué mis primeras crónicas. Una sobre la novela del franco-haitiano Edouard Glissant y luego una serie de crónicas sobre Octavio Paz y sus lecciones inaugurales en El Colegio Nacional tituladas “Traducción, literatura y literalidad”. Para entonces ya había leído los libros accesibles de Paz y me sabía algunos poemas suyos de memoria. En el suplemento de *La onda* —homenaje implícito a José Agustín—, tuve una probada

de lo que serían los tratos con los redactores de suplementos y revistas. La mayoría está acostumbrada a tirar línea y a decretar orientaciones, a exigir como Procusto que se alarguen o se acorten los artículos o incluso a sugerir discretamente que se modifiquen tramos enteros de los papeles de marras. Es habitual también que, como perros que orinan un árbol para marcar su territorio, le cambien el título al texto y traten al colaborador como a un pordiosero o a un menor de edad. Uno de los redactores me habló para pedirme por teléfono un pequeño favor —que tratara de platicar, como se dice en México, el libro y de sintetizar el argumento y la trama. Le respondí que no lo haría y que si querían publicaran la nota como estaba. Así se hizo, el redactor me guardó un odio perdurable. Pero —no se lo digan— ahora pienso, siguiendo a Nathaniel Hawthorne e Italo Calvino, que él tenía razón.

En aquel momento sólo me vinieron a la mente las imágenes y los nombres afantasmados de Severo Mirón —lo juro: así se llamaba aquel observador— autor de la columna “Pláticame un libro” y la del ilustre Bachiller Álvaro Gálvez y Fuentes que hacía lo mismo por la radio —y cuyos programas no me perdía para reírme a carcajadas.

Otra experiencia editorial de esa brillante prehistoria —y ya se sabe cómo los ojos de la nostalgia a todo le ponen brillantina— tuvo que ver con la publicación de mi primer o más bien del primero y último libro de Filippo Rossi, seudónimo que utilicé —mucho antes de conocer al magistral Alejandro Rossi— para hacer una biografía novelada titulada *Al Capone* que redacté en 1972 para la Editorial Posada en la Colección Duda. Durante meses bebí como agua tomada casualmente entre comidas, las vidas y memorias de los mafiosos italianos, sicilianos y napolitanos como Lucky Luciano y Joe Vallachi. Además leí libros de historia de Italia y de los Estados Unidos, reconstrucciones de la época como *Apenas ayer*, y vi todas las veces que pude la serie de televisión *Los intocables* de Eliot Ness —sin saber aún que la voz del narrador era la de Álvaro Mutis, razón por la cual siento que si, el Espíritu Santo me llega a hablar

alguna vez, lo hará con la inconfundible entonación metálica del autor de Maqroll. Diré entre paréntesis que en realidad ya lo ha hecho pues Álvaro Mutis ha sido, aunque él no lo quisiera saber, uno de los rostros de mi gurú.

Cuando terminé el encargo me fui directo a entregárselo al poeta Eduardo Lizalde quien abnegadamente y por alguna oscura razón de parentesco —las familias siempre son oscuras— trabajaba como editor de esa dudosa Colección Duda, cuyas góticas oficinas estaban en lo que es hoy la SOGEM de Coyoacán, en una amplia sala del segundo piso que alguna vez, antes de que los zapatistas la destruyeran, había sido la alcoba japonesa de José Juan Tablada. En el ilustre catálogo de Duda convivían —típico— los libros sobre los secretos revelados por las pirámides —aztecas, egipcias, mayas y el zigurat que se ofreciera—, las danzas mágicas de los sufís —títulos firmados por René Rebetz (el escritor y filósofo esoterista amigo del sacerdote guerrillero Camilo Torres y entusiasta de la ciencia-ficción)—, los *Excéntricos ingleses* de Edith Sitwell admirablemente traducidos y adaptados por Rosa María Philips, entre otros muchos títulos. Con el dinero de esas regalías en la bolsa salí corriendo para comprar un boleto de KLM —junto con Icelandic la línea aérea más barata— para comprar un pasaje sencillo —sólo de ida— a Bruselas desde donde pensaba viajar, como lo hice, hacia Bélgica, Francia, Italia, Grecia, Israel, Turquía, España y de nuevo Francia para comprobar por mí mismo si el milagro de la civilización era cierto. Cuando les anuncié a mis padres que había comprado el dichoso boleto protestaron y se enojaron pero finalmente me fueron a despedir al aeropuerto y hasta me dieron mil francos franceses en un cheque de la *Banque Nationale de France* que me tardaría meses en cobrar.

Durante el viaje hubo experiencias de todo tipo. Me limitaré a algunas librecas. Iba yo cargando una mochila con poca ropa y los tres tomos de *El Cicerone* de Jacob Burckhardt, *Le bain de Diane* de mi querido y admirado Pierre Klossowski, *Cantar de ciegos* de Carlos Fuentes y *Poesía en movimiento* de Paz. Pacheco,

Chumacero y Aridjis. Me iba llenando de libros que no compraba sino que me regalaban en los albergues de la juventud, como una edición de las novelas completas de Louis-Ferdinand Céline, Theodore Dreiser o la zaga de los comunistas de Louis Aragon.

La Guerra de Yom Kipur me sorprendió en Israel trabajando como voluntario en un kibutz, Hulda, cerca de Rehovot, entre Tel Aviv y Jerusalén manejando un tractor que barbechaba algodón con las luces cubiertas en pleno *black-out*. A pesar de la guerra y de los aviones enemigos, se trabajaba en turnos de ocho por tres: de cuatro a doce de día, de ahí a las ocho de la noche y de ocho a cuatro de la madrugada. Un horario ejemplar para las épocas de crisis. La guerra se prolongaba, y aunque yo estaba enamorado de la forma en que bajaban los *jets phantom* aterrizando al final con paracaídas, mis padres estaban *muy-muy* preocupados y una pacífica mañana llegó al kibutz un jeep militar con un oficial israelí y otro mexicano, a sacarme de inmediato de ahí. Así fui a parar a Istanbul, cargado de más libros y hasta de algunos discos —una primera edición del acetato de los Credence, *Boon on the Bayou* que me había regalado la novia holandesa a la que nunca volvería a ver pero sí a recordar pues era idéntica a la lechera de Vermeer. Traía yo siempre intacto el cheque de los mil francos que ya a esas alturas se había convertido en un talismán y casi veía con desprecio los francos por los que me lo cambiarían. Además unos dólares que me habían dado los “arbanos” hebreos por reconocimiento a mi trabajo de varios meses. Pero yo quería seguir viajando y viajando, (no en balde había escrito el *Manifiesto del caminante*). En La Casba, uno de los cafés de mala muerte donde se aglomeraban los turistas pobres —es una manera elegante de llamar a ese rebaño apestoso de *clochards* y desempleados errantes— que pasaban por Istanbul rumbo a o provenientes de Afganistán —ésa era la gran meta del *grand tour hippie* de moda ASIA OVER ROAD, en busca de la cuna del opio y del haschisch. Todos con una *Turkey Bartholomew Guide*.

En ese espacio, que se parecía al Café La Habana en México, por la densa humareda

de tabaco, vi un leterito que solicitaba un traductor del inglés al francés. Me apersoné de inmediato. El editor al que contacté, resultó ser un pirata editorial que tenía una empresa semi-clandestina de publicaciones. Se dedicaba a maquillar libros, deformar traducciones, reciclar ediciones con otro sello, cambiar de autor o de título, de grafía o de presentación las obras que se iba apropiando para hacer su catálogo. Mi ingenuidad le cayó de perlas pues, aparte de querer ganarme la vida como fuera, yo estaba obsesionado con *The Unquiet Grave*, el libro de Caryl Connolly que compré en la edición de Penguin en la Librería Británica de Istanbul y cuya lectura adopté de inmediato como si fuese un texto religioso y como si sus fragmentos fuesen mantras. Yo tenía que trasladar del inglés al francés, a veces haciendo modificaciones y adaptaciones sugeridas por aquel maestro de la tinta y la trampa, una guía para turistas del inglés al francés. Me pagarían doscientos dólares y además me darían casa y comida en un departamento helado y vacío al otro lado del Bósforo, desde donde se veía arder en el cielo helado la octava maravilla que es la cúpula de la Mezquita Azul. Me sentí salvado —ya no tendría que vender sangre para sobrevivir, ni hacer cosas peores— y me puse a trasladar penosamente pero con el entusiasmo del hambre la dichosa guía de turistas que, de paso, me hizo familiarizarme con la historia de Istanbul. Mientras estaba traduciendo en aquella estancia fría y tratando de deglutir la comida grasienta que se me daba, me preguntaba si



Manuscrito sobre pergamino, Estambul, 1526

en realidad no me habrían secuestrado con el pretexto de darme empleo. Dije penosamente. Y es que la máquina de escribir —una Olivetti parecida a la antigualla que había en casa— tenía la particularidad de tener el teclado en turco. Los primeros días de gimnopedia digital fueron agobiantes, y yo maldecía a Mustafá Kemal Atatürk —responsable no sólo de la independencia de Turquía, sino de trasladar la caligrafía árabe al sistema alfabético— e invocaba el espíritu de T.E. Lawrence cuyo fantasma había creído entrever en el desierto cuando, al final de mi viaje por Israel, los amigos hebreos, a pesar de la guerra, me dieron permiso de visitar el Golfo de Eilat, entonces militarizado, que domina la legendaria ciudad de Akaba desde donde el legendario espía y coronel inglés consumó su tarea.

Cuando terminé el trabajo y me pagaron en efectivo y sin firmar ni un papel —como es costumbre en esos bajos fondos corsarios—, me sentí feliz pues el pirata, al menos conmigo, había respetado el pacto de caballeros. Siempre me he quedado con la curiosidad de saber cómo salió de aquella cocina turca la desdichada guía que de todos modos me hizo comprender mejor, años después, las aventuras de Sergio Pitol.

Al volver a México, vi a mis padres un poco envejecidos, pero aliviados de que el Hijo Pródigo hubiese regresado. Mi padre me había guardado durante todo el año que estuve ausente —se me hizo un nudo en la garganta— los suplementos semanales de “La Cultura en México”, la *Revista de la Universidad* —donde por ejemplo Juan Carvajal había traducido el ensayo sobre Dante de mi ya adorado Saint-John Perse— y hasta una serie de fascículos sobre los dioses que yo había empezado a juntar en México antes de ir a Grecia a conocer en persona los lugares de su nacimiento. Lo primero que hice fue volver a la Facultad de Filosofía y Letras. Paloma Villegas, una inteligente compañera, luego de oír un trabajito mío sobre la experiencia mística de San Juan de la Cruz, donde la examinaba a la luz de las teorías de Georges Bataille —que había venteado, como un potrillo el pasto nuevo, en el taller de ensayo de Salvador Elizondo—, me preguntó si no me interesaría trabajar en una

editorial. Y así entré en contacto con el joven y admirable poeta David Huerta, quien trabajaba con el olímpico y chestertoniano, amado, Jaime García Terrés. David estaba algo nervioso. La editorial había convocado a un concurso de Primera Novela cuyo jurado internacional lo compondrían Carlos Fuentes, Ramón Xirau, Juan Goytisolo y José Miguel Oviedo.

Se habían recibido a última hora un centenar de novelas, la fecha de la reunión del jurado se acercaba peligrosamente. Había pocos lectores que quisieran desbrozar aquella selva, y sobre todo muy pocos que tuviesen la facultad de leer a cierta velocidad para luego pasar al estado escrito sus opiniones y pareceres. Dije que sí, que me encerraría durante varias semanas. Así, en una orgía desenfadada de lectura iba leyendo a marchas forzadas manuscritos y mamotretos, cartapacios y cuadernillos mientras me sentía como un Bartleby mestizo condenado a ingerir centenares de obras que nunca serían publicadas y que eran como aquellas cartas del personaje de Herman Melville que nunca llegaron a su destino. Esa experiencia fue definitiva. Armé junto con David y los otros lectores —recuerdo a Daniel López Acuña— una plantilla de finalistas. El concurso lo ganó la novela que yo había propuesto *El infierno de todos tan temido*, novela desmadrada y tremendista que a mí me atrapó y había vuelto loco mi lagrimómetro, esa arma secreta de mi incipiente panoplia crítica. No sé cómo la juzgaría ahora. Si Luis Carrión ganó el concurso como novelista, en mi fuero íntimo sentí que me habían laureado con el Premio Sainte-Beuve.

Durante el *cocktail* que se ofreció al ganador y al jurado, a la prensa y a los amigos de la editorial, conocí a Juan Goytisolo y a Monique Lange, quienes me simpatizaron a primera vista, también al dandy peruano José Miguel Oviedo quien me hizo pensar en las buenas maneras cortesanas del Inca Garcilaso en la corte española. Carlos Fuentes no estaba en México y a Ramón Xirau yo ya lo conocía pues había tomado clases con él y hasta le había hecho junto con Marcelo Uribe —ahora editor de Era—, una entrevista que no pudo ser transcrita pues entre el español hablado con el acento catalán y el